

Elogio de la herejía

Gabriel Eira

SciELO Books / SciELO Livros / SciELO Libros

EIRA, G. Elogio de la herejía. In RIVERO, NEE., org. *Psicologia social: estratégias, políticas e implicações* [online]. Rio de Janeiro: Centro Edelstein de Pesquisas Sociais, 2008. pp. 64-77. ISBN: 978-85-9966-286-1. Available from SciELO Books <<http://books.scielo.org>>.



All the contents of this chapter, except where otherwise noted, is licensed under a Creative Commons Attribution-Non Commercial-ShareAlike 3.0 Unported.

Todo o conteúdo deste capítulo, exceto quando houver ressalva, é publicado sob a licença Creative Commons Atribuição - Uso Não Comercial - Partilha nos Mesmos Termos 3.0 Não adaptada.

Todo el contenido de este capítulo, excepto donde se indique lo contrario, está bajo licencia de la licencia Creative Commons Reconocimiento-NoComercial-CompartirIgual 3.0 Unported.

Elogio de la herejía

Gabriel Eira

I – Los prodigios de la doctora Micka

Cuando Colorado Spring (Colorado, USA) no era más que una pequeña aldea habitada por unas decenas de colonos, en algún ignoto lapso de la segunda mitad del siglo XIX, la doctora Michaela Queen ejercía su profesión al tiempo que conjugaba una suerte de doble actividad pionera: la inherente a su condición de colona, y la de adelantada en la lucha por los derechos de la mujer. Debo reconocer que me fascinaba aquella serie televisiva de los domingos; por su militante anacronismo, por la cuidadosa cursilería de su moralina ingenua (al mejor estilo de series de mi infancia, tipo “Una casa en la pradera” conocida en estos lares como “La familia Ingalls”), pero fundamentalmente por su disparatada capacidad para producir – capítulo a capítulo – un homenaje a lo inverosímil.

Así como el legendario Peko’s Bill – paradigma de la hiperbólica imaginación popular norteamericana – fue responsable de la existencia del Río Bravo gracias al filo de su navaja, la doctora Micka era protagonista de hazañas no menos meritorias. Fue capaz de extirpar exitosamente un cáncer de mama, de realizar cesáreas y de reparar quirúrgicamente el rostro de un paciente deformado por el fuego, eludiendo la necesidad de los anestésicos y de los aún desconocidos antibióticos. Y todo ello en una casilla de madera decorada con el polvo de los caminos de tierra. Pero, además, era pionera en el alpinismo femenino, abanderada de los derechos de las minorías, ferviente ecologista, y una suerte de Forrest Gump decimonónico con faldas que coincidía con cada acontecimiento fundacional en la historia de los Estados Unidos. Hasta consiguió ir a festejar el día de Acción de Gracias en una reservación indígena, convenciendo a los Pieles Rojas brindar alegremente por la llegada del Mayflower y el inicio de su propio genocidio. Y la cereza de la torta; uno de sus hijos adoptivos, el menor, fue el responsable del diseño de curiosos ingenios aéreos asombrosamente parecidos al que muchas décadas después los hermanos Wright lograran hacer volar para pasar a la Historia.

Pero todo indica que lo inverosímil no nace de una deliberada opción estética sino de la cuidadosa capacidad analfabestia, o al menos el descuido,

de los libretistas. Esto no es nuevo en el show business norteamericano, nos hemos cansado de ver osos polares dialogando con pinguinos, a animales de sabana deambular por la jungla, y a mariachis durmiendo la siesta en las calles de Rio de Janeiro. Tan acostumbrados estamos a ello que sólo lo percibimos cuando nuestra pequeña república aparece marginalmente en la pantalla; en Maratón de la muerte se inicia una cacería de nazis en el interior de la jungla uruguaya (!), en Viven el mate se prepara sacudiendo la bombilla como si de café instantáneo se tratara (!!), la maestra del cartoon de la familia muerta explica a sus niños que en el país de la penillanura se producen – exclusivamente – bananas (!!!), en La batalla del Río de la Plata circulan góndolas sobre la bahía de Montevideo (!!!!). El genio publicista de Gōebbels postuló que una mentira repetida mil veces se transforma en verdad. Tal vez por ello no consigo convencer a mi hijo de que los osos polares habitan en el Ártico mientras que los pinguinos lo hacen en la Antártida, no puedo competir con la industria del Cartoon. Pero el carozo del asunto no radica en la verdad o falsedad del enunciado sino en su verosimilitud, en la ingeniería de sentido con la que éste se construye.

II – La epifanía del disparate

Es necesario reconocer que resulta útil recurrir a la epifanía del disparate para abrir alguna visibilidad sobre este asunto de la construcción (y, de allí, la imposición) de la verdad o, lo que sería más correcto, los efectos de verdad. La distancia entre lo dicho y aquello sobre lo que se dice se toma más clara cuando el absurdo lo denuncia (aunque, vale señalarlo, la propia cualidad del absurdo es también un constructo). No pretendo extenderme sobre el asunto, solicito sí que se me conceda una hipótesis instrumental; la verdad, lejos de ser una cualidad ontológica (es decir, una propiedad del ser, autónoma de la inteligencia que lo describe), es el producto de un proceso constitutivo, sociohistóricamente diagramado. La verdad, entonces, no sería una propiedad de las cosas que el lenguaje designa, sino el efecto de las formaciones discursivas que le otorgan sentido. Desde esta perspectiva, el carozo del asunto no reside tanto en si lo que se dice es falso o verdadero, sino en los procedimientos por los cuales tales cosas pasan a ser consideradas de una otra manera. Dicho de otro modo, la verdad no radica en el acierto con el que un ejercicio enunciativo describe al universo sino el coeficiente de verosimilitud (la capacidad para ser considerado verdadero) del mismo.

En estos procedimientos, el absurdo (insisto, él mismo un constructo) posibilita el acceso a un analizador privilegiado, pues permite –al quedar descalificado por la incongruencia– atender a cómo éste se instituye como verdad. De este modo, puede ser visible el conjunto de procedimientos desde los cuales la verdad se erige como axioma (es decir, una verdad que no necesita ser demostrada). Y es que el axioma –por tal – constituye certezas, éstas convocan adhesiones, y desde ellas se conforman los consensos que la legitiman. Es a esto último que llamo efecto de verdad.

III – El recurso Tinelli

En los últimos años, el Río de la Plata ha asistido al ascenso al estrellato de una técnica mediática con características particulares. Tal vez el antecedente más célebre sea el del pierrot argentino Marcelo Tinelli. Si bien Videomatch no inaugura el humor chabacano sí instituye una fórmula extremadamente exitosa; hacer de la burla, la descalificación chauvinista, y la imprecisión (por no decir el error alevoso) una forma legítima de ilustrar la noticia. Este procedimiento ha hecho escuela, no sólo en la capital porteña sino también en nuestras producciones vernáculas. Incluso en esferas oficiales, como cuando el expresidente Menem cita a Sócrates como autor de cabecera (!) y condecora a Fujimori por haber terminado con los Tupamaros, con total impunidad, sin que al establishment se le mueva un pelo. El brillo del espectáculo cobra tal magnitud que el disparate se desdibuja y, lo que es peor, se torna verosímil. Por esas mismas fechas, y en nuestro país, quienes antes justificaron la sangrienta represión policial en el asunto del Hospital Filtro (en función de respeto doctrinario que se debe tener a los Fallos del Poder Judicial) eran los mismos que se rasgaban los trajes a medida por el asunto de Braga y Cambón y pretendían sancionar al fiscal actuante, del mismo modo que intentaron entorpecer la acción judicial en el tema de los desaparecidos. Desde el Círculo Militar se invitaba a la conciliación nacional y al olvido de los “hechos acaecidos hace 25 años” mientras conmemoraban a los “caídos en la lucha contra la sedición” y se oponían a un tratamiento similar a las víctimas de su propia actuación. Cuando emergieron números truchos en la economía del Ministerio del Interior las auditorías responsables del diagnóstico fueron suspendidas en nombre de una “investigación administrativa”.

La epifanía del disparate se impone también como tecnología política. La tecnocracia de nuestros modelos económicos se congratula (y cuando no puede hacerlo recurre a los factores externos y afirma que si tales modelos no se hubieran aplicado la cosa hubiera sido aún peor) por el supuesto éxito de sus estrategias en función del crecimiento de la economía, entendiendo por tal a los guarismos macroeconómicos ignorando la emergencia de la desocupación y el subempleo. Se fundamenta el mejoramiento del nivel de vida en función del mercado automotor y los televisores del Géant, al mejor estilo de María Antonieta y su senalamiento sobre las tortas. Se apuesta a un país de Servicios a partir de la habilitación de institutos terciarios (algunos dignos de república bananera) sin fundamento académico, al tiempo que se pauperiza la UdelaR intentando transformarla en una fábrica de diplomas virtuales y en una máquina de captura para la clase-media desempleada.

Pero, insisto, no importan tanto las incongruencias como sus efectos de verdad.

En nuestra propia programación televisiva (y radial) es posible encontrar vestigios de la metodología Tinelli. Y no sólo en aquella mala copia que emitía, hace algunos años, el canal oficial. No sólo en el formato de producciones posteriores como Noche de Miércoles por el canal 12. El 4 de abril, en el nuevo formato (cada vez más Tinelli) de Rompecabezas (CX 14, El Espectador) se le atribuye a Sadamm Husselm la presidencia de Irán (!), y se bromea sobre el velo de las camboyanas. En el circo de Debate Abierto (canal 10) se llega a discutir durante todo un programa sobre la legalización del consumo de drogas sin que a la producción del programa se le halla ocurrido averiguar si en el Uruguay el consumo era, efectivamente, ilegal. Esto último me resulta particularmente significativo. La legislación vigente no prohíbe el consumo de nada, sólo el suministro y la comercialización (y sólo en ciertas condiciones) de algunas sustancias llamadas estupefacientes. Sin embargo, como demuestran los interminables debates sobre la legalización del consumo, se instituye la prohibición como orden natural (se naturaliza) cuando no es tal, con los consecuentes efectos sobre el consumidor (adicto o no), desde la tipificación colectiva a los haceres del aparato policial. Un ejemplo de efecto de verdad; el consumidor (sólo por el hecho de serlo) es un delincuente, aunque la ley no lo prescribe de tal manera (es más, lo ampara).

IV – American Pie

El caso de los EEUU merece un tratamiento específico que excede las posibilidades de estas carillas. Pero bien vale una vmeta. Esa encantadora tendencia a mirar (y juzgar) al mundo (y la historia) desde los pliegues de su ombligo, hace que el American Way of Life (y lo que ello pueda significar) no sólo se instituya a sí mismo como el mejor sino como el único moralmente posible. El modo de ser norteamericano se pretende el mejor; precisamente porque está convencido de ser el modo natural del animal humano. Por ello el Destino Manifiesto; el Vigía de Occidente, no puede evadir la responsabilidad de tutorear a sus hermanos menores (esto se ha vuelto inevitable desde la instauración del New Order Mundial), está moralmente obligado a ello, en tanto se considera el custodio de los valores elementales de la naturaleza humana.

No deja de maravillarme, pese a todo, los anacronismos de la narrativa hollywoodense, sobre todo porque no parece ser un recurso estético sino pura y exclusivamente cronocentrismo estadounidense. Salvo muy honrosas excepciones, la psicología de los personajes suele ser planteada como la misma, en un hombre del Renacimiento, en un celta de los Highlands, o en un cortesano del “Imperio Galáctico”; asombrosamente parecida a una suerte de caricatura del norteamericano medio (o lo que se pretende creer sobre él). Así, en “Corazón Valiente” las masas escocesas van a morir tras un paladín que defiende un paradigma inexistente hasta el siglo XIX; el nacionalismo y el mito de estado-nación. En “Cristobal Colón” Gerard Depardieu sostiene una discusión con su “esposa” extraordinariamente similar a la de una pareja pequeño-burguesa de Seattle. Las lógicas de sentido del American Way of life se pretenden universales y a-históricas, legitimación inapelable del Destino Manifiesto.

En función de la ideología de frontera, y el culto a los pioneros, los WASP han impuesto el modelo del hombre hecho a sí mismo y el sobredimensionamiento del voluntarismo; “si lo deseas con la suficiente fuerza lo lograrás”. En contra partida, se erige como paradigma de lo denigrante al vocablo “luser” (perdedor), tal vez el peor insulto que pueda sufrir el norteamericano medio (si es que éste puede ser definido de alguna manera). En la lucha por la supervivencia – y para esta forma de ver las cosas -, la condición del sujeto (conceptualizado como individuo) sólo puede ser producto de su propio esfuerzo y quienes no logren triunfar en la

vida no pueden ser más que culpables de su propia haraganería; perdedores. El individuo está sólo frente al mundo, y será adorado (aplaudido al final de la película) si logra imponer los designios de su voluridad, de lo contrario está condenado a la humillación del fracaso. La competencia se impone así como la condición natural del hombre, única fórmula legítima de regulación social, único motor del progreso. No en vano el béisbol se impone como deporte nacional; un jugador (el bateador) se enfrenta sólo a todo el equipo contrario; Johnny Self contra el mundo.

Estos procedimientos imponen estos efectos de verdad; la condición natural del hombre es la competencia, el hombre es un individuo en confrontación permanente con el mundo (y con los demás), la única forma legítima de evitar que esta lucha se convierta en una carnicería es a partir de la seducción de los incentivos (económicos) regulados de tal modo que redunden en beneficio de la realización personal. Corolario; el único paraíso posible se constituye a partir de la consolidación de la Ley de Mercado regulada por los acuerdos contractuales. Esta Verdad se impone, como resulta lógico, no solo hacia el interior de los EEUU. El Destino Manifiesto obliga a transformar-la en Verdad Militante, los misioneros del Mercado la expanden (si es necesario, a la fuerza) más allá de las fronteras. La libertad, en esta suerte de monoteísmo mercantil, no puede ser más que libre circulación de capitales y libre contratación. La propia condición los países del llamado Tercer Mundo corrobora esta hipótesis; son lusers, víctimas de su propia incompetencia.

Este orden de cosas se instituye como correlato subjetivo del New Order Mundial. Así, y paradójicamente, la que tal vez sea la más ideológica de las disciplinas (la Economía) establece a la lógica del capital como La certeza científicamente inapelable, en el preciso instante en el que el absolutismo científico de la Modernidad comienza a desintegrarse y se pregona la muerte de las ideologías. De este modo, la discusión política queda reducida a la batalla entre keynesianos y neoliberales, descalificando toda opción asistémica tras el adjetivo de la utopía política (tan carente de verosimilitud como de pragmatismo). No es casual que el nipo-americano Fukuyama (quien insiste en definirse como “neohegeliano”) se atreva a profetizar el Fin de la Historia, sepultada tras la emergencia definitiva del homo natura de las nuevas sociedades democráticas que tanto admira Lipovetsky. Es que el corolario resulta ineludible; en la medida en que el

Hombre alcanza, por fin, el libre ejercicio de su naturaleza última, la flecha del tiempo que parte desde las ravernas consigue llegar al objetivo de la emancipación. La Historia muere, para dar paso a la suprema manifestación de la naturaleza humana. El animal humano es (siempre ha sido) lo que recién hoy habríamos llegado a comprender; una individualidad en perpetua competencia con las demás. El Contrato Social de Rosseau adquiere así legitimidad científica gracias a la esforzada labor de los tecnócratas de la Economía Política. La Verdad queda revelada; no se opina sobre ella, se la acata. Negar la Verdad no sería (no podría ser) – entonces – el efecto de una analítica, sino una suerte de patología del pensamiento, la resultante ideológica de un delirio o – en el mejor de los casos – un grave error producto de la ignorancia.

En el breve lapso de la Postmodernidad, en el cual se pretendió erradicar la certeza, se instituyó – sin embargo – la impostura de una nueva axiomática que identifica la naturaleza humana con los anaqueles del supermercado. De este modo, emerge el diagrama de una nueva doctrina que, al hacerlo, posibilita la tipificación de la disidencia como pensamiento herético. Los nuevos herejes serán quemados en la hoguera de las descalificación académica y la burla política, tan efectiva como aquella en la que ardían las víctimas de la Inquisición.

V – La hoguera de las vanidades

El nombre del Papa era Inocencio III. En el segundo año de su pontificado, 1209, Su Santidad llama a una nueva cruzada. Esa vez no se trataba del Santo Sepulcro, nada tenía que ver el Islam con esta nueva convocatoria al asesinato. Satán, el gran adversario, ya no localizaba sus huestes en la Palestina bíblica sino en las cristianísimas tierras de Felipe, rey de Francia.

Era la Quinta Cruzada (hay quien así no la cuenta precisamente por haberse ubicado el teatro de operaciones en la Europa Occidental), la Cruzada contra los albigenses.

Se trataba de eliminar la herejía cátara, objetivo cumplido con extraordinario éxito. Tan es así se ha borrado la memoria histórica sobre ella, haciendo de su doctrina concreta un misterio habilitador de las más fantásticas especulaciones. En el sur de Francia (Provenza, en la legendaria

Langue d'Oc) se había consolidado este desvío del dogma, bajo la protección del conde de Tolosa (hoy Toulouse).

Inocencio ordenó la colaboración de los arzobispos, los caballeros y el propio Felipe. Nombró un nuevo legado (su propio secretario, Milton) y, como adjunto, a maese Teodosio. al frente de veinte mil caballeros y una tropa de infantería constituida por más de doscientos mil aventureros, designó a Arnaud-Amalric como generalísimo del ejército. Es en Letrán donde se lanza la llamada, el 6 de marzo:

A los que sean virilmente ceñidos y armados contra estos pestíferos, se les promete la remisión de sus pecados, acordada por Dios y su Vicario.

La barca de la Iglesia está expuesta a un naufragio total si ante esa inaudita tempestad no se le presta un poderoso socorro.

Adelante soldados de Cristo.

Adelante, intrépidos novicios de la milicia cristiana.

Esforzaos por pacificar estas poblaciones en el nombre de Dios, de la paz y del amor. Aplicaos a destruir la herejía por todos los medios que Dios os inspire.

Primero cae Puylaroque, luego Gontand, Tonneins, Casseneuil y finalmente Montpellier (el 20 de julio). Los herejes alimentan la hoguera. La escena siguiente se desarrolla en Béziers. Ante la ciudad sitiada el obispo de Citeaux, Reginaldo de Monpeiroux, propone a los católicos que entreguen a los herejes o – en su defecto – que abandonen la villa. El mensaje es acompañado de amenazas de excomunión y asesinato. Sin embargo, los ciudadanos de Béziers responden que “se dejarán ahogar en el mar salado antes de consentir”, se estrechan los lazos entre herejes y católicos para resistir a las fuerzas papales que se proponen asesinarlos “en el nombre de Dios, de la paz y del amor”. “Juran que no darán nada a los cruzados (...) que podrían cambiar las leyes de su ciudad”.

Cuando finalmente cayó Béziers, los cruzados interrogaron al generalísimo Arnaud-Amalric acerca de cómo proceder durante la matanza para discriminar entre herejes y católicos. Ante ello, el enviado del Papa respondió: “Matadlos a todos, Dios reconocerá a los suyos”. Finalmente, en el informe que el comandante envió a Inocencio III, se destaca (sic): “Los

nuestros no respetan ni el rango, ni el sexo, ni la edad; han hecho perecer bajo la espada alrededor de veinte mil personas, y después de una enorme matanza de enemigos, la ciudad ha sido saqueada y quemada. La venganza divina ha sido maravillosa”.

La Verdad había sido reconstituida. Todo desvío implica un peligro para la doctrina, la barca de la Iglesia está(ba) expuesta a un naufragio total. La no-creencia de la herejía pone en duda la creencia del dogma, motivo por el cual merece ser exterminada. El procedimiento por el cual la Verdad se instituye como tal reside en la verosimilitud que la impone como axioma (premisa que no precisa ser demostrada), esta verosimilitud se sostiene en el consenso, por lo cual todo desvío que atente contra el acuerdo colectivo pone en cuestión al propio axioma (lo que no hace más que desdibujarlo). No se trata, entonces, tanto del contenido de la herejía como del procedimiento (el disenso) que la constituye como desvío de la doctrina. Antes de lo que se cree, lo que importa es que no se cree, y cómo no se procede. Lo que está en cuestión es el principio de autoridad que estatuye cuál es la Verdad y la existencia de la propia Verdad como ontología. En la anécdota, el poder constitutivo de la Verdad, la convicción, es tal que -ante la duda- ella misma se encargará de discriminar la pureza de la impureza: “Matadlos a todos, Dios reconocerá a los suyos”.

En los últimos años, y salvando las distancias, hemos asistido al despliegue de ciertos procedimientos similares que lograron ocupar un papel protagónico en nuestros vernáculos medios masivos de comunicación. El caso es el de una familia naturista de Tarariras que se negaba a vacunar a sus hijos, incluso exhibiendo certificados médicos que testimoniaban -en razón de su particular (por minoritario) estilo de vida- el peligro que la vacunación podría significar para los niños. El axioma de la necesidad del plan de vacunas obligaba a impedir, por el bien de ellos (“en el nombre de Dios, de la paz y del amor”), que los infantes accedieran a la educación formal si no se vacunaban. La abstinencia de esta actividad axiomática hacía de estos chicos un peligro para sí mismos y para la comunidad, un posible foco infeccioso que amenazaría a los demás niños; “La barca de la Iglesia está(ba) expuesta a un naufragio total”. Más allá de los aspectos epidemiológicos, ¿cuál era el foco infeccioso?, ¿qué Verdad estaba en cuestión? Todo parece indicar que el mayor peligro se relaciona no con una verdad en particular sino en el procedimiento que configura a la Verdad

misma como categoría. Y, en este caso en particular, con el principio de autoridad médica. Autoridad Médica, no autoridad del médico, el cual es trascendido por la disciplina que lo contiene.

Recuerdo un programa de televisión abierta en el cual el padre de dicha familia polemizaba con una representante del Ministerio de Salud Pública (médica ella). Mientras el hombre intentaba exponer sus razones, y legitimarlas desde una multitud de informes médicos, la doctora insistía en no conceder excepciones al programa de vacunación (axiomático), se negaba a discutir las particularidades del caso. El padre no negaba la utilidad de las vacunas, pero reivindicaba su situación particular, la cual no terminó de exponer ante la negativa de la médica y la complacencia del periodista coordinador. Solicito que se me conceda atención a este punto. Más allá de la efectividad (o no) de la inmunización lo que estaba en juego aquí era el principio de autoridad. No importaba tanto si en esta singularidad tal procedimiento podría ser beneficioso o peligroso (no se dio lugar al asunto), sino el precedente que la misma pudiera sentar sobre el axioma mismo (el programa de vacunación). Ante el posible desvío se hizo necesario reconstituir la Verdad, la posición de esta familia fue tipificada como ejercicio herético, y como tal debía ser excomulgado del seno de la Medicina y la Salud Pública. La excepción confirma la regla configurando una perversión de la misma. No se debe dar lugar al espacio que habilite un paréntesis en el consenso. No hay consenso sin unanimidad, sin consenso el axioma pierde sus cualidades, y sin axioma el principio de autoridad se debilita. El desvío debe ser aceptado como perversión, y como tal debe ser tratado, habilitando anticuerpos que lo descalifiquen. En la hoguera se queman las vanidades del hybris, ésta vez alimentada por el prestigio de la corporación médica, el interés nacional y el sentido común, articuladas en una suerte de dictadura inapelable del consenso. La Verdad ha sido reconstituida, la excepción no es verosímil.

VI – Hairesis

La etimología relaciona la palabra herejía con el término griego hairesis, el cual-literalmente- no refiere a otra cosa que a la acción de escoger y – por extensión – a la escuela de pensamiento escogida por tal acción. Ahora, más allá de tal procedencia, el uso adjetivo que solemos hacer del término resulta extremadamente significativo:

f. Doctrina contraria a los dogmas de la Iglesia, sostenida con pertinacia por un hombre bautizado.

2. fig. Sentencia errónea contra los principios de una ciencia o arte.

fig. Palabra gravemente injuriosa.

fig. fam. Disparate, error.

5. fig. Daño o tormento grande, infligido injustamente a una persona o animal.

¿Cómo fue que un sustantivo referido a la acción de elegir devino en adjetivo descalificativo, al punto tal de adquirir sinonimia con los términos error, disparate, dano o tormento? La Enciclopedia Británica, citada por Thomas Szasz, proporciona algunas pistas:

“(…)Utilizado así,” (acción de elegir y conjunto de opiniones) “el término era neutral, pero en cuanto la cristiandad se lo apropió, comenzó a sugerir una nota de desaprobación. Esto fue porque la Iglesia, desde el comienzo, se consideró a sí misma como custodia de la divina revelación, la que sólo ella estaba autorizada para interpretar (...) de esta manera, cualquier interpretación que difería de la oficial, era necesariamente ‘herética’ en un sentido nuevo y peyorativo.”

De esto se trata. Es posible encontrar el término en los Hechos de los Apóstoles y las Epístolas de San Pablo utilizado, entonces, para indicar sectarismo (en su significación más literal; celo doctrinario de un sistema que se independiza de otro). Una de las preocupaciones fundamentales del cristianismo primitivo era la progresiva fragmentación a la que tal sistema de creencias se hallaba sometido. En dicho contexto, se optó por una estrategia política de uso extendido: promover una doctrina (o un aspecto de la misma) al estatuto de Verdad (premisa axiomática) y descalificar a los sistemas competidores tipificándolos como especulativos, simples conjuntos de opiniones; hairesis. Por definición, un axioma no puede ser objeto de opinión, no puede ser interpretado; es. En función de ello, un desvío de lo que es, una interpretación que se aparte de lo que se considera correcto (la Verdad) configura, necesariamente, un error. La Verdad no puede ser opinada, sólo puede ser. La acción de escoger no es válida para la Verdad, al menos no si se quiere escoger certeramente. En tal sentido, toda

escuela de pensamiento que profese una opinión sobre la Verdad no puede ser más que disparatada y necia. En la literatura cristiana posterior, el término va adquiriendo un valor cada vez más negativo. Esta progresiva degradación del término alcanza su climax con la institucionalización política del cristianismo en el Imperio Romano; los delitos de opinión religiosa (las herejías) pasaron a ser considerados crímenes contra el Estado, y como tales punibles por la legislación civil. La herejía adquiere su carácter peyorativo en el momento en el cual un sistema de creencias niega su carácter de tal y se promueve al estatuto de Verdad, más aún cuando dicho estatuto logra ser materializado por la norma jurídica. La resultante de esta promoción es la descalificación inmediata de quienes opinan sobre ella, y la consecuente asociación con términos tales como error, disparate, dano o tormento

Ahora bien, estos procedimientos trascendieron la materia religiosa para localizarse en cada lugar en el cual hubiera un status quo que proteger. Porque la duda, la incredulidad, el escepticismo y la excepción son elementos peligrosos para lo instituido. Hay una certeza a la cual el status no puede renunciar; la legitimidad del mismo. El propio Estado es un ejemplo de ello, y el fascismo su extremo más terrible. Mucho antes de que el término herejía fuera apropiado por la cristiandad, Sócrates fue condenado a muerte por introducir la duda en la juventud ateniense. Hete aquí aquello que seflalábamos antes; no importa tanto lo qué se cree como aquello en lo que no se cree. El Estado ateniense, en el lapso de su supremacía político-militar, no podía permitirse el lujo de la duda. No se debe, dudar sino acatar la legitimidad del orden establecido. La hairesis socrática costó la vida a su creador.

Solicito un paréntesis para unas vifletas fascistas: “La duda es la jactancia de los intelectuales” (Aldo Rico) y “Cuando escucho hablar de cultura hecho mano a mi pistola” (Göebbels). El pensamiento implica acto de elección. No hay pensamiento sin herejía, sólo reproducción. No hay pensamiento sin duda, sólo doctrina yacatamiento. No hay autoritarismo que no apele a la Verdad, así como no hay herejía que no interpele a la certeza. Cerremos paréntesis.

El propio Estado liberal (el cual se sostiene la presunción de la tolerancia) se desdibuja como tal a la hora de defender sus mitos fundacionales. Un analizador privilegiado de este fenómeno es la adoración

fetichista a los símbolos patrios (bandera, escudo, himno nacional), traducida en una legislación extremadamente restrictiva frente la herejía antipatriótica. El trámite que obliga a “jurar la bandera” no es más que un ejemplo de ello, por más burocrático que se halla tornado. Vale, también, recordar el horror que despertó – a mediados de los ‘90 – “El día que Artigas se emborrachó”, en nuestra jerarquía política y la propuesta de legislar sobre la figura de Artigas en tanto símbolo patrio (es decir, no objeto de cuestionamiento), borrando toda posibilidad de investigación histórica seria.

Es Szasz quien lo subraya con claridad, la herejía trasciende lo errôneo o lo certero, su cualidad de tal radica antes en el procedimiento que en el contenido:

Una herejía lo es cuando lo correcto es hacer algo que está mal. Es insistir que dos más dos son cuatro cuando lo apropiado, lo patriótico, lo profesional, es decir que son cinco. Es creer que la tierra se mueve alrededor del sol cuando Lutero, Calvino, y el cardenal Bellarmine nos dicen que el sol se mueve alrededor de la tierra.

Desde luego que sería un error pensar que lo herético es siempre correcto. No es así. Además, la herejía a menudo no tiene nada que ver con el bien o el mal, en el sentido literal -matemático o científicode estos términos. Sin embargo, sí tiene que ver con no creer en la que los demás creen o en lo que uno mismo debería creer, o en proclamar que no se cree cuando lo correcto sería profesar esa creencia o, al menos, permanecer callado.

Uno sabe que alguien es un hereje cuando los amigos y colegas lo confrontan con un incrédulo e indignado: ¿Quieres decir que no crees que...? Lo que uno no cree pudiera ser, por ejemplo, que los judíos constituyen un pueblo elegido; o que Jesús es el hijo de Dios; o que Freud era un científico. Cada una de estas incredulidades es una herejía para aquellos que sí creen en ellas, pero no para aquellos que no las creen. Cuando un amigo psicoanalista me dice, sincera pero despreciativamente: ¿Significa que no crees en el inconsciente?’ como si no creer en el inconsciente fuera algo así como no creer en el hígado –, es porque mi incredulidad ofende su credulidad. A un hematólogo o a un hebraísta le tiene sin cuidado si creo o no en el inconsciente, pero probablemente estará muy interesado en saber si creo o no en la causa genética de la leucemia o en la divinidad de Jesús. Así es la cosa. La cuestión reside en que lo que es herético

para una persona puede ser heroico para otra e irrelevante para una tercera.

La incredulidad, vale agregar, no sólo ofende a quien profesa la creencia en cuestión, sino también – y fundamentalmente – al status quo que tal credulidad sostiene.

VII – Todos somos carlitos

Un enorme galo llamado Karl, y apodado “EL Martillo” por la implacable efectividad de sus campañas, adquirió su pasaje a la fama consolidando, allá por el siglo VIII, la dinastía carolingia y deteniendo la expansión del Islam en la batalla de Poitiers (732). Pero el hijo más célebre de Pepino de Heristal (conocido por los hispanoparlantes como Carlos Martel), posee también el poco reconocido mérito de haber reivindicado el patronímico Carlos. Es que el nombre Karl proviene de una antigua palabra teutónica que designaba a la clase inferior de los hombres libres, la cual se degradó hasta adquirir la sinonimia de siervo. La palabra inglesa “churl” (patán) deriva de este vocablo, pero los éxitos castrenses de quien llegó a ser señor de Austrasia y Neustria impusieron su nombre como favorito en la aristocracia de Europa Occidental, haciendo olvidar su poco nobiliaria etimología.

Ahora bien, esta suerte de renacimiento de la medievalidad a la que nos ha tocado asistir, y del que ya se ha hablado, caracterizado también por la emergencia del pesimismo y la falta de credibilidad en todo proyecto de cambio, parece habernos transformado en “carlitos”, en el sentido más teutónico del término.

Todos somos carlitos, patanes, fascinados por la seducción fácil del espectáculo, sin preocuparnos en lo más mínimo por la verosimilitud de los productos que consumimos (y confundiendo tal cualidad con una suerte de ontología de la Verdad). Carlitos de fonda suburbana, habitantes de un mundo neofeudal, cantamos a coro cantigas de cantina cuya única virtud consiste en la predecibilidad kitch de sus armonías. En el contexto de la neo-medievalidad se hace ineludible el elogio de la herejía, como herramienta imprescindible que nos permita exorcizar el olvido del pensamiento tras las pegadizas baladas de moda.